

Jesuitas pobres y sencillos

# Un cuarteto fantástico

Luisa Pernalette\*

Estos jesuitas alimentaron la utopía de muchos.  
Su camino al lado de los pobres es testimonio  
y hoy se cosechan muchos frutos



Acacio Blandria, s.j.

ARCHIVO CURIA PROVINCIA VENEZUELA



José Ignacio Angós, s.j.

CRÓNICA GRÁFICA DE LA PROVINCIA

Dice la Psicología Positiva que agradecer es reconocer la bondad en el otro. Con estas líneas quiero reconocer la bondad de cuatro jesuitas que pasaron su vida en Venezuela haciendo el bien. Vivieron entre los pobres y sencillos de este país demostrando que se puede ser feliz cuando en todo “se ama y se sirve”. Me refiero a este cuarteto: José Manuel Barandiarán, s.j. (“Barandi”), José Ignacio Angós, s.j.; Ignacio Huarte, s.j.; y Acacio Blandria, s.j.

Comienzo por Ignacio Huarte, el último que conocí de esos cuatro y el primero que murió (enero de 1998). Iñaqui, de origen vasco, ya era director regional de Fe y Alegría Zulia cuando en 1984 me pidió que me incorporara a su equipo zonal. Difícil no recordarlo y que el rostro no se me distienda y me surja una sonrisa, y eso a pesar de los días turbulentos en los que escribo estas páginas, y es que Iñaqui era “el buen humor andante”. Era daltónico y no manejaba, entonces siempre le acompañábamos a las visitas a las escuelas alguno del equipo; ¡un lujo y un placer ese “deber”! porque con él se podía hablar de todo, desde recetas de cocina que pedía porque no sabía nada de artes culinarias —y le tocaba cocinar los viernes en su comunidad—, hasta temas profundos de la realidad venezolana o de la vida. Escuchaba con el mismo interés, uno se sentía importante en cualquier encuentro. Huarte era profundamente humano. Era difícil ponerse bravo con él, porque aún si había desacuerdo, él escuchaba y era capaz de rectificar, aunque era “el jefe”. Hablaba con satisfacción de sus años en la Carucieña, comunidad popular del oeste de Barquisimeto, se iluminaba su mirada recordando esos años. Con razón esas señoras aún lo recuerdan con tanto cariño. De esa experiencia salió ese libro (*Despertar a la vida diferente*) que sigue haciendo bien en las comunidades.

En Fe y Alegría Zulia duró poco, porque estando en Maracaibo fue electo padre provincial (en los ochenta). Recuerdo que veníamos de visitar la escuela de Paraguaipoa, llegamos al Gonzaga y le dijeron que llamara urgente a Ca-

racas: le tenían la noticia de su elección, quedó como helado, y nosotros saltando de la alegría. De esos años viene la Asociación de Alabanza Mutua (AAM), a la cual le hago mucha propaganda en estos tiempos de desesperanza continuada y que debemos contrarrestar. La AMM es esa que “practica la crítica y la autocrítica, la alabanza y la autoalabanza”. ¡Nos hacía reír con eso! Tiene su fondo humano y evangélico: no es una asociación para adular, ¡cosa horrible!, sino para alabar, producto del reconocimiento de las cosas buenas del otro. El padre Wyssen dice que Huarte fue el fundador, yo me considero de su directiva y la promuevo.

Conocerle de cerca fue una bendición. Hoy una escuela del oeste de Maracaibo lleva su nombre, bueno para todos recordarle en medio de los pobres.

Sigamos con “Barandi”. Después de un camino por el internado de San José en Mérida llegó a Maracaibo como docente de química, asesor de la Juventud Obrera Católica (JOC) y miembro del equipo de jesuitas de Manzanillo y Sierra Maestra, barrios obreros e izquierdosos en aquel entonces. Finalmente llegó a San Félix de Guayana, a la comunidad de inserción del barrio Bella vista, allí se hizo hermano de toda la gente. De carácter fuerte, desconcertaba a la gente porque con delicadeza pedía perdón privada y públicamente. Se hizo un verdadero amigo y hermano de los pobres a quienes se dedicó de corazón. Barandi disfrutaba de la cotidianidad con los pobres.

Angós, el cura obrero. Legendario. Fue de los primeros sacerdotes que se insertaron en el trabajo “de pico y pala”, primero en Caracas y luego en Guayana, en donde junto a gente de la Juventud Obrera Católica (JOC) crearía un equipo de formación para trabajadores. En esos años le conocí. Vivía en Bellavista –esa comunidad popular de San Félix que se volvió referencia nacional– con una gran sencillez, como los otros de este cuarteto. Luego, cuando monseñor Ubaldo Santana decide crear la Vicaría de DD.HH., Angós fue su primer coordinador. Estoy recordando que junto con hacer análisis de la situación de la clase trabajadora en la ciudad de las empresas básicas, también acompañaba sus relatos con grandes carcajadas. Buen escritor.

Acacio Belandria, con el que compartí larguísimo coloquios, como decía Rosita, la encargada de la cocina de la parroquia de El Manzanillo. No solo conversaciones, también proyectos, alegrías y preocupaciones. Le conocí en los años setenta, época de cambios en la Iglesia post concilio, “el gocho” ya era famoso en Maracaibo. Eran años de organizaciones populares, comunidades de inserción, sacerdotes que se despojaban de comodidades, rutinas preestablecidas, y se iban a hacer realidad la “opción preferencial por los pobres”. ¿Quién preocupado por la vida



Ignacio Huarte, s.j.

CRÓNICA GRÁFICA DE LA PROVINCIA

de los pobres y oprimidos en Maracaibo no fue por cualquier motivo al Barrio Bolívar y después a El Manzanillo a escuchar homilias de Belandria, o a pedir consejo? Fui una privilegiada: años oyendo sus diálogos con dirigentes, políticos, señoras del barrio, en la sala o en el comedor de la casa parroquial. Era capaz de echar sabios discursos pero también tenía la humildad de pedir opinión. A veces era ácido, era muy exigente y por los años setenta, Fe y Alegría le parecía “poco radical”... pero era capaz de cambiar su mirada, y en los ochenta se volvió colaborador de maestros de nuestros centros educativos. No sé que comía, el día le rendía por cuatro.

Imposible dejar de mencionar a Acacio en el Zulia y no recordar a la Escuela de Formación Domingo Verde. ¿Cuántos años reuniéndonos cada martes en la noche a mirar los barrios marabinos? ¿Cuántos fines de semana animando organizaciones populares?

La última etapa de Acacio fue en la frontera, en El Nula, fue realmente un líder: equipos de seglares, una defensoría para niños, acogió a una emisora de Fe y Alegría, hasta una escuela fundó porque “esos maestros necesitaban formación”. ¡Sus homilias eran una delicia! Sus misas repletas. Los cincuenta años de vida sacerdotal se celebraron con una verdadera fiesta popular, todo el pueblo una posada para recibir a los que fuimos de otros lares. ¡Una verdadera fiesta! Una frase que me marcó de Acacio fue que “no se podía amar impunemente”, y así es.

Hay elementos en común entre ellos. Además de su compromiso con los pobres, lo cual vivían con mucha alegría y sencillez, subrayo la coherencia –entre lo que pensaban, decían, lo que hacían y cómo vivían– y su extraordinario sentido del humor, el que repartían generosamente a los que les rodeábamos. Alimentaron la utopía de muchos. En “todo amar y servir” no era un lema. En fin: ¿Qué otra cosa puedo decir sino “gracias por haberles conocido”?

\*Centro de Formación e Investigación Padre Joaquín.